LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA

Año X. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 2.

ALICANTE 30 DE FEBRERO DE 1881.

LA MUERTE APARENTE.

(Conclusion.)

La *o* debe ser muy llena como la *a* inglesa antes de *ll*, pronúnciense estas seis permutaciones una vez y otra vez hasta cabecear con la monotonia y el zumbido del ritmo, lo cual, si los nérvios son sensibles, ocurrirá á los siete minutos: trácense luego en el papel las 726 permutaciones de que son susceptibles las seis palabras y procúrese repetirlas todas por su órden sin entregarse al sueño; de esta manera se adquirirá una idea adecuada de la vigilancia de la conciencia que el fakir conserva en medio de estos ejercicios.

La tendencia de estos trabajos es procurar el letargo de las funciones vitales y musculares que constituyen la condicion primaria del sueño miéntras que se mantiene en su intensidad normal la actividad de esos centros del cerebro apropiados á la conciencia y á la volicion. Con lo que se sabe de los resultados que se alcanzan por la educacion morbosa en cualquier direccion, será muy difícil prescribir los límites de la funcion morbosa que puede alcanzar el místico indio. Sir Claudio M. Wade da testimonio de que en el caso examinado por él, no habia indicacion de vida, ménos en la region coronal del cerebro, que todavia desarrollaba calor.

Antes de proseguir adelante hay que notar un punto en el régimen dietético, accidental á esta cultura de la funcion morbosa nerviosa, que ilustra respecto de la cuidadosa adaptacion á su propósito del mencionado régimen dietético. La base de la dieta del fakir es manteca derretida, de la cual 10 granos en combustion calientan 18 libras de agua á un grado. Fahrenheit, mientras que 10 granos de carne seca calientan solo 13 libras. y 10 de albúmina 12,85. El calor de 10 granos de manteca levanta libras 14.421 á un pié de alto, mientras que la misma cantidad de carne levanta sólo 10 libras, y la misma cantidad de albúmina solamente nueve. Comparados con los demás cereales el trigo y el arroz tienen igual potencia superior á la generacion del calor.

Volviendo ahora á ocuparnos de los aspectos fisiológicos del régimen que estudiamos, diremos que todo el que examine los fenómenos nerviosos psíquicos asociados con la accion de los anetésicos, sabe que es usual el que la conciencia se detenga en medio de tal paralisis, que hace su manifestacion imposible y de tal privacion de sensaciones que anula por completo el dolor. Se conocen casos en los cuales la sensibilidad de la conciencia ha cesado aparentemente bajo la accion del anestésico, y en que importantes operaciones quirúrgicas de cierta duracion se han ejecutado, pudiendo sin embargo despues la víctima enumerar todos los procedimientos de estas complicadas operaciones,

por haberlos presenciado conscientemente mediante una persistencia del conocimiento y una simple sensacion de tacto.

De todos los agentes anestésicos, el éter tiene quizás la tendencia más distintiva hácia este sentido, y deja más claros vestigios de su accion. Indudablemente, despues que el hábito se ha contraido, una sencilla aspiracion de éter sulfúrico produce inmediatamente el arrobamiento. No hay duda de que diferentes partes de los centros nerviosos se afectan desigualmente por agentes cuyo último efecto puede representarse como si consistiera en varias formas de vibracion molecular introducidas en sus tejidos.

El modo de accion de estas sustancias, como por ejemplo, el éter que debe pasar á la sangre y eludir asi nuestra directa observacion, puede quizás infundirse del de agentes de otro género cuya influencia sobre las vibraciones moleculares se inicia en movimientos visibles. De una manera semejante, pasar las yemas de los dedos lentamente por una tela de terciopelo, produce un estado de letargo comparativo al cabo de pocos minutos; levantar los ojos hácia un ángulo y detenerlos en esa posicion, sin fijacion especial de atencion bajo otros conceptos, produce la misma accion fisiológica. Sentarse en el borde de un disco que se mueve lentamente en un círculo. produce el sueño de la condicion mesmérica con tanta rapidez como puede obtenerlo un profesor distinguido; fijar los ojos en una rueda que dé tan rápidamente la vuelta que sus radios produzcan la impresion de ondas borrosas, da el mismo resultado; y sin embargo, si la rapidez de la revolucion se desminuye hasta el punto de hacer visibles los radios, ó se aumenta hasta el punto de destruir la impresion de esas ondas sucesivas, la accion nerviosa es imperceptible, cualquiera que sea la fijeza de la atencion. Por el mismo principio, dadas ondas de sonidos que vienen á caer sobre los filamentos nerviosos del tímpano y comunican determinadas vibraciones al nervio auditivo, ellas son poderosas para producir un estado nervioso que se convierte en letargo.

Hechos son estos que tienden á negar una proposicion sostenida largo tiempo por los que han estudiado los fenómenos del mesmerismo, á saber, que la fijeza de la atencion es un elemento, con especialidad, importante para producir por artificio el estado nervioso cuyo exponente es el arrobamiento. Por otra parte, los fenómenos vibratorios de pulsacion regular y rítmica son mucho más activos en esta direccion que la concentracion imaginativa ó la de la vision sobre cualquier objeto particular; y en cuanto á la concentracion de la vision, trátese si se quiere de un objeto tan llamativo como una tela marroqui escarlata, puede el experimentalista posponer la accion fisiológica cuanto guste con tal de pestañear frecuentemente. Más aún, cuando se observa escrupulosamente la condicion de no pestañear y la accion sobreviene y el sujeto entra en la somnolencia, el resultado se debe sin duda alguna al efecto en los nervios ópticos y la exposicion continua de la pupila á la accion atmosférica sin la instabilidad frecuente que produce la caida del párpado, no ciertamente á la fijeza de atencion, como se ha afirmado con ingenio por los especuladores metafisicos.

Construir una teoría coherente de la naturaleza de la accion mesmérica, sería materia que habria de requerir un volúmen de observaciones y experimentos en este ramo de la psicología; pero es evidente que ya se dirijan á los nervios ópticos, del olfato, del gusto, de la audicion ó periferiales estas vibraciones que producen el letargo, se contienen dentro de ciertos límites de rapidéz y tienen ciertas cualidades comunes.

Si de esta clase de fenómenos nos apartamos para considerar otros quizá más sutiles que son los que se llaman clarividencia y sonambulismo, extenderemos á su interpretacion estas leyes de las vibraciones moleculares elementales. No sabemos si existe entre los cerebros de dos séres humanos, un medio de trasmision para las vibraciones moleculares, y todavía menos podemos empeñarnos en medir y describir estas vibraciones como características de cier-

tos géneros de influencia, iniciándose por los procesos moleculares de un cerebro humano y yendo á influir en los elementos sensitivos del de otro, de tal manera que aceleren, retarden, ó suspendan sus actividades.

De todas maneras, no es inconcebible que el éter, que sirve para la trasmision de la luz puede ser tambien un medio para las vibraciones que emanan de la entera periferia del sistema nervioso de los séres humanos.

Las impresiones que suministran la base para nuestras concepciones intelectuales más distintas y para la mayor fuerza de existencia psíquica, son aquellas que se producen sobre la retina, lo cual equivale á decir que las vibraciones de este éter, constituyendo rayos de luz, son capaces de iniciar, por medio de largas series intermedias de cambios, los pensamientos del cerebro. Podemos figurarnos el proceso al revés, y una serie iniciada en los pensamientos del cerebro ó en los cambios moleculares que coinciden con ellos, descendiendo por las fibras radiantes, por los ganglios sensorios y por los nervios ópticos y emitiendo finalmente vibraciones etéreas hasta esa extraña linea indefinible en sus límites, en que el alma de un hombre parece salir por sus ojos. Esto es concebible, pero está muy lejos de poder ser demostrado, y hasta que no se sepa mucho más de lo que se sabe á la hora presente, no podemos investigar el medio por el cual el sistema nervioso de una persona, es á veces capaz de ejercer tan poderosa influencia sobre el de otra, fuera de la esfera de su conciencia.

La restauracion á la luz es un importante factor en el progreso de la resurreccion: se prueba por hechos. Sumergid moscas en vino y embotellado durante un periodo de algunos meses: sacadlas despues de este período al calor del sol para que sequen, y revivirán, harán su tocado con las piernas delanteras, cerrarán las alas con las traseras, y al cabo de pocos minutos volverán otra vez á buscarse la vida. Embotellad tambien culebrinas en arena seca durante algunos años, poned luego al sol sus cuerpos arrugados y pronto principiarán á moverse y arrastrarse.

Subiendo ahora de los insectos y de las serpientes á organismos mas perfeccionados; los gatos resucitan despues de estar durante muchas horas helados y tiesos, y es muy probable que un hombre podria resucitar en circunstancias semejantes con tal de que el experimento se hiciera antes de que el ganglio cardiaco y otros nervios centrales, indispensables para la vida, se hayan desorganizado.

La dificultad con los séres humanos ó con cualquier otro adulto entre los animales superiores, está en el instable equilibrio de su sistema nervioso correlativo con la extrema complegidad de los últimos, y por consiguiente en la extraordinaria facilidad con la cual esos centros pueden dañarse sin posibilidad de reparacion.

Esta conclusion es estrictamente científica en sus términos, como puede comprobarse siguiendo la historia de la investigacion experimental sobre este especial asunto conforme la principió Leeuwenhoek en 1719 y la continuaron Turberville Needham, Duméril and Treyer, Henry Baker and Buffon, Spallanzani, Bonaventura Corti, Dr. Gillies, Dr. Franklin, Lefebvre, Voss, Home, Sternberg, De Candolle, y más recientes experimentalistas, cuyo resultado ha sido una vista interior de las condiciones de la vida, de la muerte y de las leyes que regulan el límite entre ámbas, por cuyo medio el fisiólogo puede aventurarse con confianza en muchos intrincados problemas, aunque prácticamente ningun fisiólogo moderno ha sido todavia capaz de ajustar todas estas condiciones con una pretension tan nimia y tan exacta, como para anclar durante meses en los mismos diques de la muerte y luego darse á la vela hácia la vida como un esfuerzo de la conciencia y la volicion aprisionadas en un cuero, cuyos procedimientos nutritivos se hubiesen misteriosamente detenido casi hasta el punto de la extincion. En comparacion con esto, el letargo de lo invernal y la suspension vital de la catalepsía, aunque dependientes nuevamente de la

exclusion de la luz son comparables al crepúsculo con la media noche.

El caso de Miss Bonney, que en Noviembre de 1872 predijo la fecha de su muerte y su regreso á la vida despues de un período de suspension de las facultades animales, y que parece haber en la actualidad terminado su vida en la fecha señalada por un esfuerzo de voluntad, pero siendo incapaz de resucitar por sí propia, presenta un caso muy cercano de la aparente muerte de los fakires, en el cual la educacion parece haber sido demasiado imperfecta para completar el esperimento

No por cierto que sea absolutamente esencial que la conciencia alcance este estado letárgico para asegurar la accion de la volicion al espirar este período. Por otra parte, segun demuestran casos comorobados, es posible imprimir al sistema nervioso al entrar en el sueño, cierta determinacion de despertarse en una hora y en un minuto dado, de modo que el impulso de la volicion persiste en el estado inconsciente. Muchas personas, cuyos negocios han necesitado la formacion y el cultivo de esta costumbre, son capaces de despertarse puntualmente á una hora dada, imprimiendo al acostarse á la voluntad la determinacion de hacerlo así ántes de caer en el sueño.

No pueden ponerse límites al cultivo de esta voluntad bajo el aspecto de su actividad y el hecho prueba que tanto tiempo como vive el cerebro, la inconsciencia, no es enteramente inconsciencia, ó en otras palabras, que hay una especie de inteligencia cerebral que persiste en vivir en una especie de cognicion nebulosa, áun en los procesos inconscientes del sueño perfecto. Tambien es posible conservar una conciencia imperfecta dentro de los procesos del sueño: á veces se han probado series de experimentos en este punto, persistiendo vigilante y determinante la conciencia hasta el último momento, miéntras que bajo otros aspectos se ha sometido el indivíduo pasivamente á todas las condiciones necesarias para el proceso. La consecuencia ha sido, despues de una prolongada lucha con la funcion normal, que las noches se han trasformado en una serie de éxtasis racional y coherentes, envueltos en un ligero vapor soñoliento, y aunque lógicos y conexos, todavía extrañamente trascendentales. Ni siquiera impide esto el soñar; por el contrario, los sueños vienen y van, y el sér tiene conciencia de sus ilusiones bellas ó de sus pesadillas, procurando prolongar las primeras y eludir las últimas.

Pero lo mas singular de todas las experiencias fisiológicas asociadas á estos experimentos, es la conciencia de estar dormido que conserva el sér. Luego se ha querido perder esta costumbre, que es una perversion de la funcion, despues de haber comprobado su posibilidad, pero durante muchos meses, los sueños han sido acompañados con la perfecta conciencia de que eran tales, y aun cuando tomaran el carácter de enfadosas pesadillas, el durmiente ha tenido el consuelo de saber que eran experimentos ilusorios.

Entre todos los centros de los nervios, los de la region superior de las semi-esferas cerebrales son aparentemente los mas capaces de una accion independiente.

El investigador que quiera tomarse el trabajo de estudiar los fenómenos de la contractilidad muscular, comprenderá por qué las autoridades generalmente están de acuerdo en explicar la rigidez muscular de la catalepsia por este alejamiento fuera de los miembros de la influencia cerebral que habitualmente contrae su enervacion espinal. Si un ataque cataléptico se produce alguna vez realmente por un esfuerzo de la voluntad, no será simulado, será por medio de un aniquilamiento propio de las funciones motoras de la parte superior del cerebro. El eje de la médula espinal no es completamente éxito motor; pero si un hombre se empeña en la empresa de detener todo flujo exterior é interior de la energia nerviosa cerebral, aumentará indirectamente la excitabilidad de la cuerda espinal, emancipándola de una influencia habitualmente restrictiva.

Si además se pudiera acostumbrar á con-

centrar toda la actividad nerviosa en el eje cerebro-espinal, podria voluntariamente producir la rigidez, aunque no la inconsciencia de la catalepsia: y libertarse tambien voluntariamente del ataque. No hace muchos años todavía que un estafador de Lóndres que era capaz de imitar en ese sentido *rigor mortis*, engañó en varias ocasiones á las Compañias de Seguros de la metrópoli británica, hasta que al fin se descubrió la estafa.

Se ha demostrado, por las investigaciones fisiológicas más recientes, que la rigidez muscular es, bajo muchos aspectos, análoga á la rigidez cadavérica, y el punto no ménos importante de esta analogía está en ambos casos en la irritabilidad muscular aparentemente exaltada que depende de la coagulacion de la sustancia contractil del músculo, asociada con la pérdida entera de su enervacion. Si esta pérdida puede producirse voluntariamente por medio de una absorcion mental, tan intensa como la que hemos visto asiduamente cultivada por el místico indio, podremos entender aproximadamente el secreto de los fakires.

MEDITACIONES RELIGIOSAS.

—

Somos combatientes. Tenemos que luchar, no sólo por la vida, sino por la virtud de la vida. Nacemos con un ideal de perfeccion, acompañado de una debilidad irremediable para alcanzarlo en la tierra. Nuestro combate tiene un premio: La libertad. Y la libertad tiene un fin; el bien voluntariamente cumplido. Mas nos equivocariamos si creyéramos poder llegar el bien sin el auxilio de Dios y nos equivocariamos aún más si creyéramos llegar á Dios sin el auxilio de la Religion. Y una religion no es solamente doctrina moral, metafísica ó teológica; es tambien doctrina social. A la manera que la reluciente é inmaculada nieve, cuyas facetas brillan con la luz argentada de la luna en las altas cimas de los Alpes, que parecen huir de la tierra para resplandecer en los cielos, á la manera que esa nieve vírgen, filtrada allá en las honduras, riega y fecunda; la religion purísima, rodeada de ideales abstractos á manera de ángeles invisibles, cristalízase en vida real por medio de las costumbres purificadas á su fuego y en leyes é instituciones desprendidas de su altísima metafísica. Despues de todo, la plenitud del progeso consistirá en que las leyes divinas de moral, promulgadas por Dios en la conciencia, sustituyan á las leyes imperfectas y coercitivas del hombre, como el reinado de Dios puro, al reinado de los antiguos reyes históricos. Una teocracia en que todos los ciudadanos fueran sacerdotes, legisladores, reyes de sí mismos, unidos por los lazos de la ley moral, cuyo única sancion secreta estuviese en la conciencia, y cuya única sancion pública en la opinion, realizaria el ideal perfecto de aquel pueblo de Dios soñado por los antiguos profetas; pueblo cuyos actos tendrian tal pureza de motivos, cuya legislacion tal universidad de precepto, cuyas libertades tal seguridad de vida, y cuya constitucion tal virtud que el hombre se aproximaria á Dios dentro de lo finito, y la tierra se pareceria de todo en todo á los cielos. No, no lo desconozcais, filósofos que teneis las superticiones de la ciencia como los místicos tienen las superticiones de la fé; si mas allá del horizonte sensible de nuestras ideas no se descubren más que las fuerzas ciegas y la materia fria, en cuanto sacudis el corazon ó la conciencia, exhalan, como el sándalo herido sus perfumes, una nube de incienso.

Naturalmente, Dios no es demostrable, porque no hay verdad ninguna que pueda contener en sí esta verdad suprema y eterna. Mas, ¿por ventura no hay en las ciencias mismas cosmológicas, en las ciencias exactas, mil principios verdaderos, que no pueden por prueba alguna rigurosa tener una demostracion? Las ciencias matemáticas, las ciencias más exactas, se fundan sobre teoremas, que se denominan postulados, los cuales son de una evidencia irrefragable, al par que de una demostracion imposible. De-

mostradme de alguna suerte esta verdad evidente, que dos líneas no pueden cerrar una superficie. Tronais contra la metafísica, y en todas partes y á todas horas teneis que encontrar la metafísica. Vuestra ciencia tiene por primer principio el átomo; y el átomo no ha sido visto ni tocado en ningun punto del espacio, ni en ningun instante del tiempo. Hablais de la materia y de la fuerza, y la union de vuestra fuerza y de vuestra materia es tan inexplicable como la union de mi alma con el cuerpo y como la union de mi Dios con el Universo. Decis saber todos los misterios de la fisiologia, y no sabeis por qué la imágen invertida en la retina rectifica esta inversion en el nérvio óptico. Está nuestra naturaleza tan rodeada de misterios como nuestro espíritu. Y lo mismo que decimos de la metafísica, decimos de la religion; negadla, desconocedla, suprimidla, y se impondrá, por su propia fuerza, á vuestro ánimo, y sobrevivirá, por su propia virtud, á todas vuestras negaciones.

Yo sé muy bien que así como hay una falsa ciencia, hay una falsa religion. Yo sé muy bien que puede prestarse á Dios un culto reprobable, como puede prestarse á la ciencia, un crédito poco razonado, Yo sé muy bien que un sentimiento religioso viciado puede llegar desde los sacrificios humanos hasta la Inquisicion española. Yo sé muy bien que, fundándose en el sentimiento religioso, puede darse á Dios nuestras pasiones; creer capaz á la divina Sabiduria de oir la lisonja como nuestros tiranos; constituir en la sociedad una aristocracia que, so pretexto de interpretar las voces del cielo, acapare las cosas de la tierra; negar que la conciencia moral pueda servir de ley para la vida, y la razon humana de criterio para el conocimiento; pero si fuerais á desechar todo aquello que aquí abajo se mezcla con el mal, no podriais habitar esta tierra oscura, ni vivir esta triste vida nuestra. Lo indispensable es purificar el sentimiento religioso cuál se purifican todos los sentimientos en el proceso y desarrollo progresivo de nuestro sér, y convertirlo en la comunicacion estrecha é íntima entre el cielo y la tierra, entre lo finito y lo infinito. Hay un órden natural que es divino, hay otro órden moral que es divino tambien. Nuestra razon va comprendiendo poco á poco el mundo natural inteligible, y nuestra conciencia poco á poco elevándose al mundo moral; y en la cima de uno y otro mundo se encuentra Dios, como en la cima de nuestro sér se encuentra el ideal, en cuya virtud entrevemos á Dios. Y no hay posibilidad de arrancarnos esta creencia divina, porque, mediante ella, la inmensidad del cielo se encierra y se contiene en la pequeñez de nuestro corazon. Amar es la necesidad del sentimiento; creer en la necesidad de la inteligencia. Si le dais á creer ideas impuras, se envenenará y se degradará con esas ideas; pero dejar de creer es tan imposible á la inteligencia como es imposible dejar de amar al corazon humano. Vemos estrellas que han desaparecido del espacio, y vemos ideales que han muerto en el tiempo; más, así como el espacio tendrá siempre sus soles, tendrá siempre sus ideales la conciencia. No hay más que purificarlos.

Es indudable que existe necesariamente la idea religiosa; pero tambien es indudable que esta idea vive en el tiempo y se desarrolla en la Historia. Dios existe de toda eternidad; pero la idea de Dios se purifica y se agranda con la purificacion y el engrandecimiento de la conciencia humana. Yo sé muy bien que, en nombre de lo sobrenatural, se han evocado fantasmas, apariciones, sombras, que, han oscurecido el pensamiento humano, como la noche oscurece el horizonte azul; pero sé tambien que esos fantasmas se han desvanecido, mientras la idea de Dios ha quedado como característica de nuestra inteligencia, tan grande en sus facultades, que es capaz, si no de comprender, de adivinar otra inteligencia superior á ella misma. El gran filósofo antiguo decia que si su alma fuese un ruiseñor, cantaría, como el ruiseñor, sus amores á la sombra de las ramas y sobre las lanas de su nido; pero siendo alma humana, está en su naturaleza el cantar y el alabar á Dios. Y así como está en

la naturaleza, por lo que tiene de divina, la idea de Dios, está en la naturaleza humana, por lo que tiene de contingente, el que la idea de Dios se desarrolle en el tiempo. Como hay una filosofía de las religiones, hay una historia de las religiones tambien. Y esta historia nos enseña que, así como peca contra Dios quien quiere someterlo á ser una pálida imágen del hombre, peca contra el hombre quién quiere arrancarlo á las leyes naturales del tiempo y del espacio. Lo absoluto es en sí; pero el concepto de lo absoluto está en nosotros. Y si lo absoluto no tiene ni puede tener principio ni fin, el concepto de lo absoluto es mudable y contingente como todo lo humano. Y bien puede decirse que la historia de las religiones ha sido como una especie de misterio hasta los dias de nuestro siglo. Inquieto, batallador, revolucionario, el siglo último pudo creer, en su afan de romper las cadenas que nos abrumaban y de tomar las Bastillas que nos oprimian, todas las religiones una supersticion, todos los dogmas un engaño, todos los sacerdotes unos embaucadores, desconociendo así los consuelos que los ideales religiosos han traido á nuestras penas y falseando completamente su historia. Quizás esa grande injusticia, quizás esa espesísima ceguera fueron necesarias para estinguir las llamas de la Inquisicion; para derrocar el tormento, que habia descoyuntado los huesos y extinguido las voces de los grandes reveladores de la ciencia; para ahuyentar las teocracias, que se interponian audaces entre la idea de Dios y el espejo natural que esa idea tiene en nuestra conciencia; para destruir las soberbias satánicas, pagadas de ser como personas divinas sobre nuestra tierra estéril; más hoy, que estamos en una epoca de libertad; hoy, que las cenizas se han esparcido á los cuatro vientos de la revolucion; hoy, que la intolerancia se ha desarraigado, así de las costumbres como de los códigos; hoy, que ha sonado la hora de la justicia para todos, porque ha sonado la hora de la libertad, debemos reconocer y confesar que si en la historia de las religiones aparecen muchos fantásticos espejismos, muchos deplorables errores, tambien aparecen muchas consoladoras verdades, que han fortalecido y que han agrandado nuestra alma. Sobre todo, cuando se piensa en la larga calle de amargura que ha recorrido el género humano; en los campos de batalla por donde ha dejado océanos de sangre; en las cordilleras de cadalsos que tienden sus sombras de muerte sobre tantas generaciones; en las amarguras acerbas de todos los dias; en las penas que acompañan al miserable trabajo de la existencia; recréase el espíritu abatido en contemplar esas islas de luz, que se llaman templos, donde tanto dolor ha tenido, á lo menos, el consuelo de una esperanza en otra vida mejor y el lenitivo de una fé en un Sér de naturaleza superior á nuestra deleznable naturaleza. Así nosotros entramos con religioso respeto en aquellos templos indicos, donde surgieron de las espumas del Ganges y de las reverberaciones del Himalaya los primeros dioses de nuestra raza; asistimos pasmados á los combates que se entablan en los pueblos guerreros de Persia entre los dioses enemigos engendrados por la teogonia de la lucha del bien con el mal; comprendemos la luz que trajo el sabeismo, la religion de los caldeos, al espiritu humano embebido en los astros, cuando, para conocerlos, empezó por adorarlos; admiramos aquella religion de la muerte que ha levantado las pirámides en el desierto y que ha hecho de las sepulturas infectas los tiempos luminosos de la inmortalidad; nos explicamos cómo todos los reformadores han educado á los pueblos, sacándolos del seno de una idea inferior, en el cual estaban como dormidos é inertes; asistimos con los judios á la adoracion del Dios único, y con los griegos á la adoracion del hombre emancipado, y con los alejandrinos á la adoracion del Verbo en cuyo seno la idea de Dios y la idea del hombre se identifican; y nos confundimos en toda la historia con todos cuantos esfuerzos generosos ha hecho el género humano para salir de lo que podiamos llamar su naturaleza animal, su esclavitud bajo las fatalidades de la materia, para elevarse á una idealidad divina, en la cual no caben ni el

error, ni el mal, ni la muerte. Así no hay tiempo para ejercer la imparcialidad histórica como este nuevo tiempo.

Cuanto más subimos con la idea al origen de las creencias religiosas, más clara encontramos una edad en la cual se hallaba el hombre confundido con la naturaleza, como el feto se halla confundido con las entrañas de la madre. Todas las religiones y todas las teogonías han llamado á ésta la edad feliz del género humano, como todos los hombres llaman edad feliz de su vida á la inocencia y á la infancia. Penetrando luego en otros tiempos; desenvolviendo otras facultades, el hombre se apartó de la naturaleza; se comprendió á si mismo como espíritu; en el espiritu encontró la libertad, y en la libertad capacidades y aptitudes para el bien y el mal. ¡Qué pena tan grande perder el primer calor de su madre la tierra; faltarle aquella nutricion, que recogia del suelo como la planta en las virgenes selvas; desposeerse de aquella ignorancia que le ocultaba como una parte de sus trabajos otra parte de sus penas; verse obligado al combate continuo, é incierto sobre la suerte le estaba reservada aquende y allende el sepulcro en las horribles sirtes de la vida! Naturalmente, el hombre, herido por el espanto, á las puertas del Paraiso, donde se encerraba su inocencia perdida, debió sentir angustias que bañaron en sudor su rostro y que le hicieron presentir todas las tristezas y todas las amarguras de su lento desarrollo en la tierra. Así la primera religion, nacida de su culpa, fué mas que un culto, más que un dogma y más que una teogonia: la creencia en ciertas virtudes sobrenaturales de la materia y en ciertos influjos misteriosos que hacian de la naturaleza algo fantástico, y que se encerraban en el nombre bien espresivo de magia. Cuando se registra la religion de los mongoles y demás pueblos que han sido como la levadura del género humano en las mesetas centrales del Asia, encuéntrase el encantador, que cree dominar con sus sortilegios las cosas materiales; el hechicero, que cree descubrir afinidades misteriosas entre los órganos del cuerpo y los astros del cielo; el mago, que guarda sus formas caballisticas, con las cuales saca los zumos de la vida universal para alimentar á los creyentes; y sobre los altares el ídolo, el fetiche, adorado, no como una representacion visible de lo invisible, sino como un Dios en sí, dotado de todos los poderes y de todas las virtudes de la magia, de esta especie de fantaseamiento de la naturaieza. Pero así como dicen los físicos que el calor es una fuerza provenida del movimiento, deben decir los historiadores, en vista de las experiencias recogidas en las enseñanzas históricas, que el desarrollo de una idea contribuye con gran poder á su esclarecimiento, y que, al moverse por su propia dialéctica, despide la idea luz y calor, realizándose de esta suerte en la conciencia análogos fenómenos á los realizados en el espacio por el movimiento universal. Así hay tanta diferencia entre la religion material de la Naturaleza en los pueblos primitivos y la religion mágica, en que parece espiritualizarse la Naturaleza misma, como entre esta religion y la del pueblo chino, por ejemplo, que tiene ya cierto carácter espiritual puro, y cierta elevacion para la conciencia, como si fuera albor de una nueva vida y crepusculo de nuevos cielos. Así continúa moviéndose la religion asiática, y aunque allí el panteismo queda como base capital é inmóvil de todas las creencias, toma varios aspectos en los diversos pueblos.

Los arios, los indios, los verdaderos progenitores del politeismo helénico, crearán una religion que, sin dejar de ser panteista, tenga allá en su cima la trinidad misteriosa, y en su base las legiones de divinidades que mueven desde el aereolito en su carrera hasta la flor en su tallo. Luego, de esta religion; hija de esta fantasía, se desprenderá en la extrema Asia otra religion, derivada de una facultad superior del espiritu, y que, comprendiendo mejor el destino de las religiones en la vida humana, tenderá necesariamente á sobreponer la moral pura al dogma, y el sér en si á los seres innumerables del politeismo. Y luégo, sintiéndose el hombre más fuerte, aceptará la religion del

combate, la religion de la guerra, que resulta ya como un principio y comienzo de la religion austera de la libertad.

Y el problema del mal, que será como un enigma para los geroglíficos escritos en los sepulcros faraónicos, que será el tormento del Job semita en su estercolero, llegara á crear las regiones dualistas, en las cuales el demonio podrá levantarse á la misma altura de Dios. Pero vendrán al término de todo este movimiento de la idea y al comienzo de las nuevas fases del espíritu humano, cuatro pueblos, los cuales traerán la idea de la unidad de Dios, como el pueblo bíblico; la idea del hombre libre, como el pueblo griego; la idea de la humanidad, como el pueblo romano; la idea del Verbo de Dios, como el pueblo alejandrino, y estas cuatro ideas fundamentales irán á desaguar, como cuatro rios misteriosos, en el seno del Cristianismo.

(*Ilustracion Española y Americana.*)

EMILIO CASTELAR.

LA IGNORANCIA EN LA VIDA ÍNTIMA.

—

III.

Consecuentes en nuestro propósito de llamar la atencion sobre la ignorancia en el hogar doméstico, diremos hoy algo sobre la inveterada costumbre que tienen muchas personas de manifestar su mal humor, en particular cuando dejan el lecho. La mujer especialmente mas que el hombre; éste, á no ser de muy mal carácter, se suele levantar mas risueño que la mujer, y suele demostrar su mal humor cuando vuelve de la calle harto de pelear con sus negocios. Pero las mujeres, hemos observado que muchas de ellas cuando se levantan, tienen, como dicen en Andalucía, el semblante avinagrado, frase muy gráfica, que pinta admirablemente la espresion del rostro cuando el individuo se encuentra en estado de pelearse hasta con su sombra.

Entonces la mirada mas espresiva se torna dura, la boca mas risueña se contrae con un gesto desagradable, rehuyendo toda conversacion, porque si la familia le dirige la palabra, contestan con monosílabos, ó dan la callada por respuesta, ó si hablan es para buscar disputa, ó dicen claramente: «dejadme en paz que estoy de mal humor, ya lo sabeis, por la mañana no decidme nada;» y su mal humor lo suelen sufrir los hijos, los criados, que ni unos ni otros tienen la culpa del mal que la aqueja, y son victimas inocentes que sufren los efectos sin haber producido la causa.

Parece una cosa muy sencilla, que no tiene la menor trascendencia, el que una mujer haga mala cara en su casa, y conteste cuando le pregunten: «no tengo nada, pero no estoy de humor,» y con esto ya se cree con derecho para aburrir á cuantos la rodean; y desgraciadamente hay muchas mujeres asi, muchisimas, y esto crea en la casa una atmósfera asfixiante.

Cuando á algunas mujeres les hemos hecho presente lo mal que hacen con poner mal gesto, todas nos han contestado casi lo mismo, y no hace muchos dias que hablando con Emilia, escelente mujer, pero que rabia con sus chiquillos y con su marido todo cuanto puede, nos decia en contestacion á nuestros argumentos:

—Si, si; como V. no tiene familia, como no sabe las mil contrariedades que proporcionan los hijos y lo mucho que hace sufrir un marido, por eso se viene V. con las tonterias de las buenas ó malas caras. ¡Ay! si V. se levantara y no supiera por donde empezar á trabajar, ya veria V. lo que es bueno; esto es lo mismo que cuando dicen que muchas mujeres despues de casadas se vuelven súcias y desaliñadas; «Casadita y con hijos te quisiera ver, que doncella y curiosa cualquiera lo es.»

—Es muy cierto lo que V. dice, replicamos, la madre de familia lleva una carga sobre sus hombros superior á sus fuerzas, por que á la mujer se le pide mucho.

—¿Que si se le pide? dijo Emilia, no lo sabe V. bien todavia. Principie V. por que el

marido siempre le dá el dinero escaso á la mujer, y está una pasando mil apuros para cubrir todos los gastos; mientras él, en el café, entre copas y cigarros gasta lo que le hace falta á sus hijos. ¿Cómo ha de estar una contenta y tranquila si no puede ser? es imposible.

—Bueno, y ¿qué consigue V. con reñir?

—¿Qué consigo? desahogarme.

—Y que hace su marido cuando la oye gritar.

—Coje el sombrero y se vá.

—¿Y sus hijos?

—Los dos mayores, si pueden, se van con su padre y los pequeños lloran.

—¡Lindo cuadro de familia!

—Si, precioso, ya le digo yo á V., pero no se puede remediar, á la mas sufrida la quisiera yo ver en mi puesto.

—Pero con poner mala cara y con gruñir de continuo, ¿consigue V. mejorar su situacion?

—Mejorarla no; empeorarla si acaso; pero que quiere V., el juego ha venido así, y hemos de seguirle.

—No, Emilia, no estoy conforme con usted, las circunstancias no deben dominar al hombre, sino el hombre á las circunstancias.

—El que vé los toros desde lejos puede hablar; pero el que tiene de pelear con ellos.....

—Pues mire V., nosotros que estudiamos en la sociedad, que seguimos con afanosa mirada la marcha de muchisimas familias, hemos visto que el sistema de la violencia es el que dá peores resultados; y la ignorancia en la vida intima, es causa de grandes desastres.

—¡Ignorancia! ¡Ignorancia! ya le digo yo que no entiende V. ni jota en el trabajo que dan los hijos; que no le queda á una tiempo para rascarse la cabeza; cuanto mas para instruirse. Ya quisiera yo leer, pero sino puedo, si mis hijos parece que tienen el diablo en el cuerpo, tanta ropa como rompen; ¡bendito sea Dios!

—Pero Emilia, si no nos entendemos: ¿cree V. que llamamos ignorante á una mujer por que en su vida mire á un libro? No; la mujer casada con leer en los ojos de su marido lo que este quiere, lo que este desea, ó el sufrimiento que le aqueja, ya estudia bastante, mas que todos los estudiantes de las Universidades.

¿Para qué se casa una mujer? para crear una familia, para instruir á sus hijos, moralizarlos y llevándolos por buen camino, siendo ella un modelo de virtud, de ternura y de tolerencia.

—Si, si; ya lo creo; si las mujeres casadas debian ser santas.

—Santas no; por que no hay santos en la tierra, pero debian estudiar el hacerse agradables á sus maridos, dulcificando cuanto pudieran su caracter.

—Cuando se sufre mucho, no hay estudio que valga.

—Si, Emilia, querer es poder; pocas mujeres hemos conocido que se hayan hecho superiores á las adversidades de su vida; por que lo bueno escasea; pero las que han conseguido dominar su penosa situacion ¡cuánto valen esas mujeres! esas almas fuertes nunca tienen mal humor; una sonrisa divina irradía en su rostro, y su inalterable amabilidad les hace adquirir un gran número de amigos.

—Si, si, pintar como querer.

—No, Emilia no; V. misma conoce á la viuda de Martinez.

—¡Ah! si, y que parece muy buena señora.

—Pues bien; esa mujer no ha hecho mas que sufrir toda su vida; pero sufrir horriblemente, y desde niña, por que por desgracias de familia no pudo estar con sus padres, y anduvo de ceca en meca, hoy con este pariente, y mañana con el otro: que cada cual la educó á su manera, sin hacerse cargo de la posicion humilde que habia de ocupar en el mundo, así es que se encontró en su juventud con gran belleza, delicada, distinguida y obligada entonces á trabajar y á vivir en una esfera inferior, muy inferior á la que ella estaba acostumbrada, y para mejorar su situacion la casaron con un hombre brutal y grosero, y ella misma nos ha con-

tado que terminada la ceremonia de su casamiento, dejó salir la comitiva, se quedó sola en medio de la iglesia, y se preguntó con horror:—¿Estoy casada? ¿estoy unida á ese hombre por toda la vida? no puede ser; yo le diré al cura que anule mi matrimonio, y dió algunos pasos para ir á buscarle, pero pronto comprendió que iba á pedir un imposible, y salió del templo en tal disposicion de ánimo, que su marido respetó su dolor y durante muchos dias se abstuvo de molestarla con sus demostraciones cariñosas, y una boda celebrada bajo tales auspicios, ya se deja comprender los resultados que tendria.

—Que serian fatales ¡pobre mujer! esas si que son penas!

—Las pasó de todas clases; primero miserias, porque Martinez fué aprendiz de cien oficios, y maestro de ninguno, segundo enfermedades, porque el cuerpo no es de bronce, y los disgustos salen á la cara; tercero hijos enfermizos y situaciones dificilísimas, y toda clase de penalidades inherentes á una vida violenta, á una existencia combatida por todas las contrariedades que pueden imaginarse; pues bien, á pesar de todo esto, siempre hemos visto á la de Martinez serena y sonriente.

—¡Parece imposible! si V. no lo dijera no lo creeria.

—Pues es muy cierto; no hay la menor exageracion. Hemos visto á esa mujer muy de cerca, no un dia ni dos, sino año tras año; y no es que no sufra, no; pero oculta sus lágrimas, y á su familia y á sus amigos solo le dá sus sonrisas, y además de sus íntimas desventuras, tiene que tomar parte en la historia de sus hijos, y los consuela, y les habla de un porvenir mejor, y todo lo presenta siempre de color de rosa, aunque ella á veces todo lo vea sombrío. ¿Tiene esta mujer motivos para estar de malhumor?

—Sí que los tiene, sí

—Y más aun, para vivir desesperada, pero como sabe sufrir, como se amolda siempre á todas las circunstancias, por apremiantes que estas sean, de las cenizas hace brotar flores, y aplaca todas las tormentas domésticas, y procura hacer reinar la paz donde quiera que se halle, y no hay situacion mala que ella no le encuentre su lado bueno.

—¡Dichosas las personas que son así!

—Tiene V. razon, dichoso ese espíritu que tanto ha progresado, porque se necesita un gran progreso para sonreir en la tierra.

—¡Ay! no lo sabe V. bien.

—Sí, Emilia, sí lo sé, conozco á fondo la tierra. Es la penitenciaria de los espíritus turbados, aquí la generalidad vivimos sin entendernos; cada casa es un pequeño infierno.

—Es muy cierto.

—Sí, Emilia, si; por esto que sabemos que es una gran verdad lo que decimos, por esto lamentamos que muchas mujeres vivan sin pensar, sin hacerse cargo de su situacion, sin procurar redimirse de su esclavitud.

—Algo daría yo por salir de ella.

—Pues nadie mejor que V. puede conseguirlo.

—Yo!... ¿por qué?

—Porque su esposo es un hombre regular, que no se le conocen grandes vicios, que quiere mucho á sus hijos.

—Si que los quiere, eso sí; cuando están enfermos todo el dia quiere que les esté haciendo remedios.

—Pues entonces, ¿por qué no modifica V. un poco su carácter? ¿por qué no se levanta mas sonriente, y es V. mas amable con su marido? ¿No sabe V. que la mujer casada debe mirar en su marido el hijo mas pequeño?

—De veras? pues me gusta la ocurrencia.

—De veras, sí; dicen que las mujeres son niños grandes; pero crea V., Emilia, que los hombres dentro de su casa son niños pequeños. ¿Y los niños qué necesitan? cariño, ternura, cuidados, y esto no lo encuentran los hombres muy fácilmente, por la ignorancia que domina en la vida íntima, ignorancia que reina en todas las clases sociales, y una de las manifestaciones de ese defecto capital, es el tener malhumor y levantarse con mal gesto. Los niños se asustan, se fatigan,

el marido se fastidia, se hastía, los criados se aburren, y la vida intima es la que debemos tratar de hacer agradable. No busquemos distraccion fuera de nuestras paredes, porque es una distraccion efimera. La mujer debe procurar vivir bien en su casa, hacerse agradable á los suyos, no á los estraños; y una de las pequeñeces que mas perjudican á la mujer es que esta se acostumbre á no reprimir su malhumor.

Cuantas veces le hemos oido decir á muchas mujeres: cuando me levanto tengo un malhumor, que no hablaría ni con mi padre. Y nosotros decimos: este es el primer escalon de las desavenencias domésticas. Nadie tiene derecho á estar de malhumor, porque nadie es libre para mortificar á otro, y nada mas triste que vivir al lado de una persona que se levanta de mal talante y no dá á nadie cuenta de su disgusto.

La ignorancia en la vida íntima dá asunto para escribir muchos volúmenes en folio, y siempre que nos sea posible escribiremos algo sobre esa cuestion capitalisima.

La vida vale mucho, cada encarnacion le puede dar al hombre siglos de progreso, y merece estudiarse el modo de vivir para que podamos adelantar y hacernos útiles á nosotros mismos y á los demás. Y el progreso no se consigue en los Ateneos y en las Universidades, sino dentro del hogar doméstico. La casa es el capullo donde el hombre (oruga del infinito) ensaya sus fuerzas para luego convertirse en mariposa; y en su casa debe encontrar el hombre la sagrada palmera que le preste sombra, y el agua cristalina que calme su sed. ¡Feliz el hombre, como decia un amigo nuestro, que al llegar á su casa y cerrar la puerta esclame satisfecho:—Mi familia me espera con los brazos abiertos, olvidemos las amarguras de la vida; en el mundo se apura la copa de los desengaños, busquemos el antídoto en la sonrisa cariñosa de mi familia.

Mucho se habla de la familia universal, pero esta será un mito mientras no exista en la familia el amor del alma; mientras no se estudien el carácter los hombres y las mujeres, y no se procure por todos los medios posibles hacer desaparecer la ignorancia en la vida intima.

¡Mujeres! no olvideis que el malhumor y el mal gesto os quita una gran parte de vuestros naturales encantos. Una mujer displicente, solo inspira fastidio, y una mujer sonriente es la alegría de una casa, es el rayo de sol que difunde en la familia el calor fecundante de la vida; si, mujeres, sí, si quereis progresar, en medio de vuestras amarguras, tened siempre una caricia para vuestros hijos y una sonrisa de amor para vuestro esposo.

Amalia Domingo y Soler.

EN EL SENO DE LA MUERTE.

Un caso extraordinario de muerte aparente ha sucedido en Barcelona.

Anteayer tarde se verificó el entierro de un niño de unos siete años de edad, que encerrado en un ataud y sin ningun acompañamiento fué conducido al cementerio en uno de los coches fúnebres. El presunto cadáver debia ser enterrado en la fosa comun, y como esta operacion se hace diariamente á las primeras horas de la mañana, el ataud en que estaba encerrado quedó, junto con otros que debian sufrir igual suerte, al lado de la fosa, expuesto á la intemperie esperando llegase el dia siguiente.

Ayer por la mañana, el encargado de practicar esa triste operacion fué á llenar su cometido, y si bien durante su trabajo le pareció oir algun ruido, no hizo caso creyéndolo producido por los ratones que se habrían introducido dentro de algun ataud; mas como despues de colocados todos los ataudes dentro de la fosa y al salir de ella dicho encargado continuara oyendo aquel ruido, bajó de nuevo á la fosa, abrió todos los ataudes y cuál no fué su sorpresa al ver que se hallaba aun con vida el indicado niño que habia permanecido encerrado toda la tarde y noche en la caja mortuoria y dentro de ella habia estado espuesto á la influencia de la fuerte lluvia y del huracan que reinó!

Inmediatamente dió aviso á la administracion del cementerio y se estrajo de la fosa al *resucitado* que fué colocado en la cama de los empleados de la necrópolis.

Avisado el jóven médico forense del vecino pueblo de San Martin de Provensals, don Tomás Cabeza, se constituyó en el cementerio prestando los auxilíos de la ciencia al infeliz niño, y tal ha sido el celo del indicado facultativo—que no quiso abandonar la cabecera del lecho—que hay fundadas esperanzas de salvarle, toda vez que ayer al mediodía presentaba una relativa mejoría.

Este suceso se presta á una serie de consideraciones, en las que no nos estendemos por no permitírnoslo el escaso espacio de que hoy podemos disponer. Solo sí haremos constar que el cementerio debería tener un local, donde quedasen sujetos á una escrupulosa inspeccion todos los cadáveres, sin distincion, no enterrándolos hasta tanto que presentasen señales de descomposicion.

No dejaremos, én fin, la pluma sin enviar nuestros plácemes al facultativo Sr. Cabezá, por haberlo abandonado todo para dedicarse esclusivamente á arrancar de la muerte al infeliz que por una fatal equivocacion se habia visto, puede decirse, en el seno de ella.

(*Crónica de Cataluña*).

NADA SE DESTRUYE

SIN TENER CON QUE REEMPLAZARLO.

—

Hé aquí una gran verdad! Nada debe destruirse sin tener preparado de antemano lo que con ventaja pueda sustituirlo; por esto para destruir las religiones se debe buscar la religion, porque ¿qué sería de las sociedades si al perder la sombra de las religiones, no encontraran el faro de la verdadera religion?

El hombre necesita creer, respetar, admirar algo superior á él, por esto las religiones han sido necesarias con sus misterios, con sus divinidades, sus grandes sacerdotes, sus santos y sus altares; sus nubes de incienso, sus sacrificios y sus ofrendas. Todo ha tenido su razon de ser, todo ha venido á su tiempo en la vida de las civilizaciones: porque el reloj del progreso, nunca se ha retrasado un minuto, ni se ha adelantado un segundo.

La humanidad muchas veces se impacienta: tambien nosotros hemos pertenecido á los impacientes, y aun ahora nos impacientamos y decimos, que caminamos á paso de tortuga, pero luego reflexionamos y conocemos que el fruto debe cogerse en sazon; por que verde no tiene sabor alguno, y el espiritismo puede dar luz á la humanidad cuando esta esté medianamente instruida.

Dice Dumas que la ciencia será la religion del porvenir; es muy cierto; y el espiritismo se estenderá como vid frondosa y sus sarmientos arraigarán en el corazon del hombre cuando éste esté bastante educado, cuando su pensamiento se eleve á Dios, cuando sepa sentir y sepa orar sin necesidad de rezar una oracion determinada; entonces comprenderá lo que vale la comunicacion ultraterrena, que vale mucho, y hoy se aprecia muy poco; pero... observamos que nos vamos como de costumbre al terreno de la impaciencia, y hacemos mal, que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y para calmar nuestro deseo de adelanto fuera de tiempo, recordaremos y transcribiremos el diálogo que sostuvimos con un amigo nuestro, hombre verdaderamente sabio, de profunda experiencia, que dá á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Lamentando nosotros el lento desarrollo del espiritismo, nos dijo nuestro amigo sonriendo dulcemente:

—Párate á pensar mujer, párate á pensar.

—Pues por lo mismo que mi pensamiento se fija en lo que sucede, deploro lo que acontece.

—¿Y qué ocurre de particular?

—¿Os parece poco el desbarajuste que hay entre los espiritistas? que cada cual piensa á su manera, que no tienen union ninguna, que murmuran los unos de los otros sin compasion...

—¿Y por eso te asustas, mujer? ¿Naciste

acaso ayer? No; tu espíritu ya es muy viejo, y tu cuerpo actual perdió la lozanía de la juventud, lo que prueba que hace algunos lustros que ruedas por la tierra.

—Bien; ¿y qué me quereis decir con eso?

—¿Qué te quiero decir? que no has aprovechado el tiempo, que no comprendes las cosas de la vida.

—¿Qué no las comprendo?

—No; porque lamentas lo que sucede dentro del órden natural.

—Ahora si que no os entiendo.

—Ya me esplicaré mejor, ya me esplicaré. Tú sientes que el espiritismo no haya sentado sus reales en el mundo con toda la seriedad y la verdad que le distingue; y deploras el escándalo que se produce con los malos centros espiritistas, las desavenencias que se originan entre las distintas agrupaciones, el deseo que tienen todos de ser los *primeros* y la confusion que esto ocasiona. Pues mira, todo esto y mucho mas aun, entra dentro del cumplimiento de la ley natural.

¿Qué es el espiritismo? Es una escuela religiosa racionalista que aspira á regenerar la sociedad, derribando los pequeños templos de piedra, y en su lugar levantando en la conciencia de cada hombre un altar al Sér Omnipotente, presentándole á Dios por ofrenda cada individuo el perfume, la esencia de sus buenas obras.

El espiritismo racionalista viene á destruir con el trascurso de los siglos todas las castas sacerdotales, porque cada hombre será un sacerdote que cumplirá estrictamente con todos sus deberes en el santuario de su hogar. ¿Y quieres tú que esta gran reforma, la mas grande, la mas trascendental, la mas radical que han presenciado las humanidades, se verifique en un segundo? porque un siglo es menos que un segundo en la eternidad. Y el espiritismo entre vosotros se comenzó á conocer y á vulgarizar á mediados de este siglo. ¿Y quieres decirme qué son treinta ni cuarenta años para la reforma de una sociedad viciada, egoista, materialista, escéptica, ateista, que cifra en la nada su esperanza postrera.... que tras de la tumba no ve mas que el caos....

—Teneis razon; yo quiero un imposible! tengo sed de vida.... y....

—Sí; tu quieres que las acequias rieguen los campos sin tomarte el trabajo de buscar los manantiales. Además, voy á hacerte una comparacion sencilla, pero exacta; estúdiala y verás que tengo razon.

—Hablad, hablad, que con atencion os escucho.

—Mira, tú que como toda mujer eres curiosa, mas de una vez habrás corrido á ver procesiones, manifestaciones populares, grandes revistas, comitivas de principes ó de reyes, y habrás observado que delante de las procesiones primero van los monaguillos, los sacristanes, el bajo clero, y luego las altas dignidades de la iglesia, y por último la imágen venerada, seguida del prelado que gobierna la diócesis.

En las comitivas de los reyes, primero van los palafreneros, despues los escuderos, los pages, los gentiles hombres, y por último los príncipes ó reyes rodeados de sus mas distinguidos dignatarios.

En la marcha de los ejércitos van delante los batidores; los trompeteros, luego siguen los demás soldados y por último el general en jefe rodeado de su estado mayor; que siempre los grandes personajes van precedidos de sus inferiores, y en todas las manifestaciones en las cuales se reune mucha gente, ¿no has reparado quienes son los que van delante de todos?

—Ciertamente los que habeis dicho.

—No, delante de los que ya he nombrado van otros en gran número.

—Si!... ¿quiénes son?

—Los chiquillos. ¿Has visto nunca procesion, ni régia comitiva, ni ejército en marcha qué no vaya precedido de un enjambre de chiquillos?

—Es verdad, teneis razon; que esos *pequeños inconvenientes públicos* (como les llamó Paul Feval) se encuentran en todos los parajes donde se organiza alguna fiesta, revista militar ó procesion.

—Pues esos son los que ahora van delante del espiritismo, los *chiquillos*: y hacen lo que siempre suelen hacer los chicuelos, cor-

ren, gritan, adelantan, retroceden, alborotan, escandalizan, se caen, se lévantan, y así van; y si bien hay algunos hombres pensadores que se manejan con bastante cordura, estos son niños grandes, que tu sabes que entre los chiquillos, nunca faltan algunos que son mas formales que los demás, pero niños al fin. Y por mucho que le pese á vuestros sabios, y á tí te parezca que exagero, hoy el espiritismo se encuentra en manos de los chiquillos, y no en vano tienen los gitanos una maldicion que dice: «¡en poder de chiquillos te veas!» porque los muchachos, repáralos, tienen afan de saber, y aprenden destruyendo. Les das un juguete, y lo primero que hacen es preguntarse á sí mismos como está hecho, y para enterarse de su mecanismo lo rompen.

—Teneis razon, hace pocos dias que me hizo reir una niña, que tiene poco mas de dos años. Tenia una muñeca de carton, la que dentro, para que hiciera ruido, le habian puesto un puñadito de perdigones. A la niña este ruido le llamaba poderosamente la atencion y le daba vueltas y revueltas entre sus manos al juguete sin quedar satisfecha de sus investigaciones, hasta que al fin rompió el vestido de la muñeca y al ver salir los perdigones nos dijo con aire satisfecho: esto era lo que sonaba.

—Pues mira, eso mismo haceis los chiquillos con el espiritismo: os llaman la atencion sus fenómenos, y muchas veces, como la niña de tu cuento destrozó su muñeca, vosotros destrozais vuestros médiums para ver hasta donde llegan los espíritus con sus gestos y convulsiones, pero en una sociedad tan viciada y tan hipócrita, solo los chiquillos con su espontaneidad y su irreflexion podian de buen grado acoger al espiritismo, reforma de todas las reformas, que viene como vino Cristo á echar á los mercaderes del templo, que viene á desenmascarar á todas las religiones, y á implantar en la tierra la verdadera religion. El espiritismo no es un profeta, no es un Mesías, no es un Redentor, es la comunicacion directa de todos los redentores, es el cumplimiento de todas las profecías, es el advenimiento de la razon en el reinado de la justicia, es la ley de Dios promulgada en todos los lugares de la tierra, y esa ley de igualdad, esa doctrina de fraternidad y de amor, tienen que rechazarla los hombres de la vieja generacion porque les quita sus privilegios, sus canongías, sus prebendas y su fuero sacerdotal, y solo los chiquillos, los que viven desheredados, los que nada tienen que perder, son los que acogen la idea nueva, por esto no estrañes que haya tumultos y algazara, que donde dominan los chiquillos, escándalo seguro.

Pero no te impacientes; los niños crecerán, de la generacion vieja se apoderará el tiempo, «ese sepulturero que agachado se oculta en la sombra, y él la enterrará» como dice Victor Hugo. La verdad y la luz son los atributos del porvenir, y la luz brillará cuando en el horizonte no haya una nube.

Tu querrias que ahora se arrancaran las piedras de los templos. ¿Y qué pondriais en su lugar? Nada se destruye sin tener con que reemplazarlo; y los hombres de hoy no tienen el adelanto suficiente para convertir la creacion en templo; ¡son tan pequeñitos... que se pierden en las inmensas bóvedas de esa gran Basilica llamada naturaleza!

Para los infusorios una gota de agua es el Occeano!

Deja que cada oruga viva dentro de su capullo que ya llegará el dia anunciado por el Evangelio!

Las casas viejas ellas mismas se caen, y los harapos de nuestros vestidos ellos nos los dejan. «Ha llegado la época de la disolucion del nuevo mundo. Los despotismos de antes se encuentran condenados por la ley providencial» como dice Victor Hugo.

Espera, las religiones han llegado al periodo de la ancianidad y decrepitud, pero la verdadera religion aun no ha salido de la niñéz.

No quites dioses mientras no puedas reemplazarlos con un Dios. No creas por esto que yo te diga á tí y á los demás chiquillos que componeis la falange espiritista, que os cruceis de brazos y dejeis venir los acontecimientos. No; esperad trabajando, mirad y observar qué hacen los demás ni-

ños, no siempre juegan, tambien estudian y van á la escuela.

Pues haced vosotros lo mismo, preparad el camino, nivelad el terreno, y pasad vuestro arado para que la tierra sea laborable, y no dejeis nunca de trabajar.

No os fijeis si los otros se cruzan de brazos, ni lamenteis si hay escándalo, que con vuestras lamentaciones haceis lo que los chiquillos con la bola de nieve, que mientras mas rueda mas grande se hace.

—Ya vemos que comprendeis muy bien lo que es la vida.

—Si, mujer, si, hemos hecho un estudio especial de la sociedad de nuestros dias, y comprendemos que antes de destruir necesitamos crear. Estoy muy conforme con derribar los altares de los dioses, pero antes quiero levantar el obelisco de la razon y las pirámides de la ciencia, por que sin la razon por guia, y sin la ciencia por base, no hay religion racional, y sin el racionalismo religioso la sociedad seria un caos sin dioses, y sin Dios.

. . . .

Dice muy bien nuestro sábio amigo; nada debemos destruir sin tener antes con que re emplazarlo, El espiritismo está llamado á trastornar el órden social, mas hoy está en poder de los chiquillos; pero afortunadámente este mal tiene remedio; los niños crecen, nosotras creceremos tambien, y cuando volvamos á la tierra seremos espíritus más esperimentados, más prudentes, más precavidos, y sobre todo mas amantes de trabajar.

¡El trabajo! hé aquí la única riqueza positiva! hé aquí el verdadero progreso!

El trabajo siempre acoge al hombre, siempre consuela nuestros dolores y nos distrae de nuestras penas y siempre nos conduce á Dios!

Espiritistas! no olvidemos nunca que las religiones no las podemos destruir hasta que hayamos cimentado la verdadera religion:

Hombres que amais el progreso, que soñais con la luz y deseais la verdad, ¿quereis regenerar este planeta? Pues bien, trabajemos todos, que el trabajo es el pedestal de Dios!

Amalia Domingo y Soler.

ALUCINACIONES DE UN ASESINO.

Con motivo de la confesion hecha á la policía francesa por un criminal acusado de remordimientos y alucinaciones, un literario francés, Mr. Gaston de Vassy, que escribe discreta y sériamente siempre que no escribe sobre cosas de España, ha publicado un notable artículo, que trasladamos con ligeras variaciones á nuestras columnas, seguros de que agradará á nuestros lectores por su córte fantástico y novelesco, no apartado grandemente de la verdad histórica de este curioso y extraño suceso acaecido en Lóndres.

Durante todo el mes de diciembre de 1874, pudo leerse en la primera página del *Times* el anuncio siguiente;

«Cien libras esterlinas de recompensa.—Se entregará dicha suma á toda persona que dé noticia sobre J. T. Christys, comerciante de juguetes, domiciliado en Regent-Circus, Oxford Street, el cual desapareció el 27 último, en un viaje á Liverpool, no tiniendo noticias de su paradero.

Dirigir todo aviso á M. R. Hill, 26, Straud.»

El hecho es que J. S. Christys, que partió la fecha citada para Liverpool con objeto de recibir algunos cajones de juguetes directamente expedidos desde Canton, no habia vuelto á dar noticias suyas.

Sus corresponsales de Liverpool no lo habian visto, la policía lo buscaba en vano.

Entre tanto, el almacen estaba regentado en ausencia de Christys por uno de los principales sócios de la casa.

Era éste un aleman, por nombre Federico Schültz. Hombre grueso, rechoncho, rubio, con aire de honrado y de naturaleza esencialmente plácida. Jamás se le habia visto. no decimos borracho, pero ni siquiera alegre.

La vispera de la Noche-Buena, á cosa de media noche, Schültz dió órden á sus criados de cerrar la tienda, diciendo que velaria aun una ó dos horas para arreglar algunas cuentas.

Pidió su pipa y una botella de *gin*.

Esto asombró á todos, conocida su sobriedad. Cuando Schültz creyó acostados á todos sus dependientes, se sentó ante el mostrador.

Sin duda que algo le preocupaba profundamente, cuando permaneció allí un cuarto de hora con la cabeza hundida entre las manos; despues, saliendo bruscamente de sus reflexiones. como si quisiera sacudirlas, bebió dos vasos de *gin*, encendió su pipa y se puso á fumar.

Recostado en su ancho sillon de cuero, contemplaba la columna de humo desarrollando sus espirales azuladas; maquinalmente, su mirada distraida se fija sobre unház de monigotes colgados del techo de la tienda.

—A fé mia, murmuró mirándolos, que la venta ha ido hoy bien... de seguro que me faltan monigotes para mañana. A medio dia estareis todos vendidos, buenos chicos.

Aquí Schültz bebió un nuevo vaso de *gin*.

—...Sereis vendidos, repitió en una sonora carcajada. Esto os contraría, ¿no es verdad? ¿Por qué diablos me mirais así?

Y levantando el vaso añadió:

—¡A vuestra salud, simpáticos muchachos de madera!

—¿Qué tiene Mr. Schültz?—se decia uno de los mancebos que, llevado por una inexplicable curiosidad, escuadriñaba por una puerta entreabierta.

Schültz se levantó al mismo tiempo, vacilante y ya ébrio, y se aproximó á un paquete de *marionettes* con el brazo levantado, deteniéndose de repente.

El almacen estaba débilmente iluminado, y en la penumbra, el mundo de juguetes tomaba las formas mas absurdas... Los polichinelas, los Juan de las Viñas, los Wellington, á caballo los majos de traje sembrada de estrellas de oro, los *clowns* de carton parecian aguijarse.

Habia sobre todo un polichinela, magnífico juguete que no valdria menos de diez libras esterlinas, y que desde el fondo de su estante abierto recibia de lleno la luz de un mechero de gas. Se hubiera jurado que hacia mohines.

—¿Qué muecas me hace ese estúpido?—murmura Schültz interrumpiendo su brindis y dejando caer el brazo.

—

Pero en este ademan tropezó con un puñalito de madera que fué á caer justamente sobre una marionetta vestida de negro y tendida sobre una mesa, la cual se ponia en movimiento apretando ligeramente un boton colocado sobre su pecho.

La punta del puñal hirió precisamente este boton, y la marionetta, exhalando un triste gemido, agitó violentamente sus brazos y sus piernas.

El aleman lanzó un paso atrás acompañándolo de un grito que el terror ahogó en su garganta. Despues, y como para reponerse, asió la botella de *gin* y se puso á beber ansiosamente de ella.

—

. . . .

Antes de apurar la botella la arrojó lejos de sí, sintiendo un ligero rumor que partia de todos los rincones de la tienda.

La marionetta no se movia ya; pero los Juan de las Viñas, los polichinelas, los Wellington, las muñecas, todos se habian levantado de sus asientos. Los caballos de madera sacudian su cabeza, los corderos balaban, las vacas de carton lanzaban pequeños mugidos quejumbrosos, y el gran polichinela habia avanzado hasta el borde de su estante con aires de un polichinela que tiene intencion de saltar á tierra.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?—murmura el borracho tambaleándose.

Cien vocecillas secas parten á un tiempo de todos los puntos de la tienda.

—Miradlo—dicen los unos...—Acaba de asesinar á J. T. Christys... Miradlo muerto sobre la mesa.

¡Gran Dios! ¡Cómo corre su sangre!—gri-

ta una muñeca deteniéndose para no manchar su vestido color azul de cielo.

La Marionetta, en efecto, sangraba abundantemente, y cosa aún mas extraña, habia sufrido una trasformacion y tomado súbitamente el aspecto del viejo mercader de juguetes desaparecido.

—¿Quién ha matado á Christys?—pregunta una de las vocecillas secas.

Pertenecia esta á un gran *clown* rojo, verde y negro; ejecutó al mismo tiempo una cabriola hasta encontrarse delante del aleman que, con los ojos perdidos y los cabellos erizados, habia caido de rodillas.

—¡Es Federico Schültz quien ha matado al viejo Christys!—gritan una veintena de vocecillas en coro.—¡Federico Schültz! ¡Federico Schültz!

—Es preciso juzgarlo—interrumpe una grave voz algo nasal.—¡Detened á ese hombre!

Es el gran polichinela quien habla. Al mismo tiempo desciende de su estante y se pone á pasear gravemente al rededor del almacen. Todo el mundo le saluda con ceremonia.

—

A su voz de mando, la tapa de una caja llena de polizontes de carton habia saltado bruscamente, y seis agentes de un codo de estatura, habian salido, arreglándose las tirillas y los guantes.

—¡Perdon!—dice Federico Schültz.—¡Soy extranjero! ¡No se atropella así á un ciudadano aleman! ¡Recurriré á mi embajador!

Pero los seis polizontes, sin cuidarse de sus lamentos, lo habian rodeado y le obligaban á andar golpeándole las piernas con sus pequeños bastones.

—¡Conducid al acusado ante el tribunal! —ordena gravemente el polichinela.—¡Es preciso que pase ante la justicia inmutable de madera!

—

En un rincon del almacen habia un maravilloso juguete de esos que solo pueden tener los niños millonarios.

Representaba lo *Court Queen's bench*, que en Inglaterra equivale á nuestros tribunales de justicia.

Un lord presidente, de madera, de medio pié de estatura, con su gran peluca y sus lentes de oro, presentaba el mas severo aspecto de magistrado que pueda imaginarse.

¡Y el jurado! ¡Qué jurado! Todos de traje negro y camisa almidonada. Bien claro se veia que estaba compuesto por gruesos comerciantes de la City, mercaderes de té y otros artículos finos.

El resto era exacto en todos sus detalles: desde la barra que separa al público del estrado, hasta los bancos de los testigos y abogados, y la tribuna del ministerio público.

—

En tanto, los seis polizontes habian colocado en su sitio á Schültz.

El gran polichinela sube á la tribuna del abogado de la reina y lanza un *¡hem!* sonoro.

El lord jefe de justicia, los jueces y los miembros del jurado, mueven la cabeza de alto abajo y el presidente da con los nudillos sobre la mesa.

Esto produce ese rumor sordo de la madera golpeando sobre la madera.

—Acusado, dice el polichinela, ¿sois culpable ó no culpable?

Schültz responde «no culpable», y nuevamente quiere valerse de su nacionalidad alemana.

—Estais acusado, replica el polichinela, de asesinato con premeditacion llevado á cabo en la persona de vuestro dueño y consocio Christys, la mañana que debia partir para Liverpool, dándole una puñalada en el pecho.

—¡Es falso! grita Schültz con voz ronca.. ¡Es falso! ¿Quién me ha visto?

Un monigote de madera avanza.

—Yo, dice con voz que se asemeja al ruido de unas castañuelas. Era entonces rama de árbol. Hasta cuatro dias despues no me cortaron para trasformarme en Juan de las Viñas. El cadáver del viejo Christys fué enterrado á mis pies. Allí puede encontrársele.

A estas palabras, toda la energía del acu-

sado se destruye. Cae de rodillas entre los seis polizontes, y murmura:

—Lo confieso... ¡Soy yo quien ha asesinado á Christys!

—

—Está bien, dice el polichinela, salvemos la fórmula innecesaria de la defensa. Señores: el jurado va á deliberar sobre la suerte del reo.

Un movimiento general se produce inmediatamente en la tribuna del jurado. Los brazos se agitan, las cabezas se unen, y los lábios de los unos se inclinan sobre los oidos de los otros.

Durante este tiempo, el polichinela bebe gravemente un vaso de agua que le ha traido un ugier. En el auditorio reina una agitacion verdaderamente extraordinaria. De todos los rincones de la tienda, Schültz oye salir estas palabras:

—Asesino! Asesino!

Los *clowns* lo miran haciendo gestos; los magos le amenazan con sus varillas; los soldados ponen en juego sus fusilillos de plomo; los generales, de uniforme rojo, blanden sus sables, hay plumeros que se agitan nerviosamente y muñecas sensibles que derraman lágrimas por sus ojuelos de esmalte. ¡Hasta los animales se mezclan en aquel concierto, balando, relinchando ó mugiendo desesperadamente! En el fondo, hay un gran Wellington á caballo, que lleno de indignacion ha hecho retroceder su cabalgadura hasta tocar en la muralla.

Schültz, en el colmo del espanto, se ha dejado caer en su asiento, lanzando en derredor miradas extraviadas.

—

Suena una campanilla.

—Federico Schültz, dice el presidente hablando por vez primera, el jurado opina que sois culpable. Os hago saber que sereis colgado del cuello hasta que sobrevenga la muerte.

Y todo el auditorio repite con sus voces de castañuela.

—Colgado! colgado! colgado!

—¡Que se ejecute la sentencia, ordena el polichinela!

—Perdon, murmura el condenado... Perdon, puesto que he confesado... Tengo revelaciones que hacer... No se procede así con un ciudadano alem...

Su voz se corta en la garganta. Se escucha en el auditorio un rumor confuso, siente Schültz la cuerda que pasa en torno de su cuello, y á esta impresion se sacude tan violentamente, que derriba una pila enorme de juguetes.

—

Todos los empleados de la casa llegan llamados por el ruido y encuentran al borracho con la cabeza rodeada por una cuerda pendiente del techo, que ha servido para sostener un paquete de polichinelas.

Presa de una espantosa alucinacion que habia empezado en el momento de caer el puñal de madera, y que desarrollándose poco á poco habia tomado las terribles proporciones que han visto nuestros lectores, el desgraciado habia cogido la cuerda y habia estado muy cerca de extrangularse.

Se le hizo volver en sí.

Su primera palabra fué:

—Perdon! he confesado!... Soy yo quien ha matado á Christys... Dejadme marchar; no se debe matar á un hombre dos veces.

Y repitió la fantástica relacion que se acaba de leer (que no habia podido ser comprendida por el mancebo que lo habia escuchado y visto gesticular, creyendo todo escenas de embriaguez), y que despues por indicaciones entrecortadas fué facil reconstituir.

—

La mañana siguiente, Schültz, detenido por los mancebos y comprendiendo que sería inútil destruír las confesiones hechas en su delirio, las renovó ante el tribunal de Bowe Street.

Y el 11 del siguiente febrero fué ahorcado por Mr. Marwood, ejecutor de las altas obras de justicia.

UN DRAMA DE LA VIDA REAL.

—

¿Será exacta y verídica la dramática relacion que leemos en el periódico *El Comercio Gallego* de la Coruña?

Vivian en pequeño pueblo de una provincia gallega dos jóvenes tan pobres de hacienda como ricos en amantes desvelos, que deseando estrechar los amorosos lazos que há tiempo les unian decidieron casarse.

Sometido este pensamiento al cura del lugar, por que ambos eran huérfanos, prévias algunas observaciones acerca de las cargas del nuevo estado y de su poca halagüeña situacion, visto el propósito decidido de los amantes y sus vigorosos alientos de dedicarse al trabajo, el cura no puso dificultades, antes allanó todos los obstáculos que se ofrecian al mismo, prometiendo á los jóvenes esposos toda su proteccion y auxilio.

Al cabo de algun tiempo de matrimonio, convencidos por triste experiencia que el amor no basta para alimentar el cuerpo, agravada su situacion por una enfermedad sufrida por la esposa, pensó el marido, segun piensa casi toda la gente del campo en Galicia, que marchando á América, á las repúblicas del Sur, podia, trabajando con fé y ahinco, adquirir una fortuna que fuese la reduccion de sus desdichas presentes, y que proporcionase á su compañera medios de subsistencia que no alcanzaba á su alrededor.

Entre la concepcion de este pensamiento y su realizacion, no medió mas que el tiempo de convalecencia de la esposa. Fuese el marido, y su compañera quedó recomendada á los cuidados del cura, que le propinó auxilios para su viaje y que quedó convertido en obligado intérprete de ambos cónyuges y de recibir y contestar á sus cartas, porque ella no sabia leer ni escribir.

Trascurrieron bastantes meses: el marido escribia y enviaba pequeñas cantidades de dinero; mas adelante el viento de la prosperidad empujó la nave de sus negocios, y contando ya con una base de fortuna, remitia á su mujer de cuando en cuando 100 pesos. Parecióle sin duda excesiva la cantidad para entregada de primera intencion, y le entregó solo 50 duros.

Las cartas del marido nunca faltaban: las letras eran remitidas periódicamente, excediendo su importe en ocasiones de aquella cantidad, y el cura que las recibia y cobraba, puesto que venian siempre á su nombre, continuaba reservándose una gran parte de las mismas.

Llegó por fin un dia en que el cura le pareció conveniente dar un corte de cuentas y revolviendo proyectos en su imaginacion, creyó el mejor medio escribir al marido diciéndole que su esposa habia muerto, y fingir otra carta á la esposa en que la participaba que su marido habia dejado de existir.

La esposa lloró amargamente la pérdida de su marido, mostrándose inconsolable: mas como los dolores aún mas intensos y hondos no son eternos, la pseudo viuda al fin se consoló, y olvidando á su primer marido no desdeñó un nuevo amor, pasando á segundas nupcias.

Ninguna noticia volvió á tenerse del ausente en América. ¡Cuán verdad es, sin embargo, que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague! El cura de aquel pueblecito, que no se habia cuidado mas de aquellos esposos muertos por él, nominalmente, y que gozaba tranquilamente de la fortuna lograda con su astucia, hallóse un dia, al caer la tarde, que á su puerta llegaba pidiendo hospitalidad un sacerdote, que acababa de arribar al lugar y que venia de América.

Aquel sacerdote recien llegado era nada menos que el marido que abandonara la tierra natal en busca de fortuna, y que al saber la muerte de su esposa, muertas tambien en su alma con tan triste nueva sus mas risueñas ilusiones, habia decidido abrazar el estado eclesiástico, y retornaba á su solitario hogar, quebrantada su salud, para tener el consuelo de recorrer los lugares testigos de su pasada dicha y reposar despues de muerto cerca de la mujer que fuera su dulce compañera.

El cura del lugar lo recibió con agasajo,

celebró su bienvenida y le refirió mil pormenores de la muerte de su esposa, y en prueba de su confianza le encomendó el decir la misa del pueblo al siguiente dia, que era festivo, por tener que verificar él un indispensable viaje.

Llegó la siguiente mañana, fué el nuevo sacerdote á decir misa, y al volverse hácia el público, resonó un grito de sorpresa bajo las bóvedas del templo, salido de los lábios de una mujer que se hallaba próxima al altar.

La esposa del ausente habia reconocido á su marido, que juzgaba muerto, vistiendo los sagrados ornamentos.

Cuando de nuevo se volvió el sacerdote, fijó su mirada en el sitio dó habia salido aquella exclamacion, y otro ¡ay! no menos doloroso ahogó en su pecho el que en aquel momento ofrecia á Dios en nombre del pueblo el augusto sacrificio de la misa.

El sacerdote acababa de ver tambien a su mujer y la hallaba viva cuando la creia muerta.

Terminada la sagrada ceremonia, tuvo lugar en la sacristía de aquel pueblecito una inexplicable escena. El sacerdote y la mujer se reconocieron como los antiguos esposos, despues de mil aclaraciones, preguntas y explicaciones que se daban y exigian recíprocamente en medio de la emocion que les dominaba.

Pero ¡en qué situacion se encontraban y reconocian!

Ella, casada otra vez, ligada á otro hombre; él desligado del mundo y consagrado á Dios por el carácter indeleble que imprime la sagrada ordenacion.

. . . .

A consecuencia de estos hechos, pocos dias despues era detenido en Tuy, y puesto á disposicion de la autoridad, un sacerdote que huia hácia Portugal, y que se cree era el cura del pueblecito á que nos referimos, causa primordial del dramático suceso que venimos refiriendo.

*
* *

El Comercio Gallego añade á dicha relacion, como contera, las siguientes palabras que trascribimos:

«Aunque no tenemos datos auténticos que confirmen la absoluta certeza de lo que relacionado queda, podemos asegurar que los hechos pasan por verídicos entre personas de formalidad y de posicion social distinguida que pueden y deben estar bien enterados.

Por esto no hemos vacilado en referirlo á nuestros lectores, á los cuales, si se confirmare, tendremos al corriente del epilogo de esta historia que parece novela.»

VARIEDADES.

EL DOCTOR JACOBO.

LEYENDA.

IV.

(*Conclusion*).

Era el austero inquisidor Fray Pedro
Hombre que apenas de los treinta Mayos
Las flores viera: adusto, siempre grave
Y con tanto de cruel como de sábio,
Jamás la Inquisicion miembro celoso
Vió de su tribunal, en los escaños,
Como ese fraile que al Doctor Jacobo
Arrancó de su hogar, amordazado:
Vivia sobre el mundo como viven
Esas plantas incultas que han brotado
Del ágrio monte en la escarpada falda
Sin ser sembradas por ninguna mano,
Y sin que nadie su existencia cuide
Brindándolas afanes y cuidados.
No conoció á sus padres: en su alma
La ternura jamás vertió sus rayos:
Nunca de un beso, en el dulcísimo ambar,
Se inundaron su frente ni sus lábios;
Jamás amante voz llevó á su oido
Del cariño el acento regalado,
Y sin fortuna, sin favor, ni amigos,
Y teniendo al estudio por hermano
Y los libros por solos consejeros,

El espíritu aquél, ensimismado
De la ciencia en las hondas abstracciones,
Dominó de la ciencia el ancho campo
Y era para la ciencia fértil vega,
Tanto como al amor desierto árido.
No obstante, el Padre Pedro algunas veces,
Entre la bruma que tapiza el cláustro
Cuando cual negras olas, negras sombras
Hallan gigante cáuce en el espacio,
En agradable éxtasis sumido,
Mirar creia resplandores cláros
Surgiendo, como surgen de repente
En el mar por la noche, fuegos fátuos;
Y vagamente vislumbrar creia
Bello fantasma de flotante manto,
De luenga cabellera y blanca frente,
De dulces ojos y risueños lábios,
De los cuales salian, como salen
En invisibles olas arrastrados
Gratos aromas del capullo fresco,
Olas de besos que en el aire blando
Derramaban efluvios peregrinos
Y que del fraile en el convulso lábio
Se posaban, en tanto que decia
Aquél con ténue voz: «¡Amor sagrado,
Unico oásis perfumado y bello
Que de mi alma en los desiertos hallo:
Dulce amor maternal, ¡bendito seas!
¡Madre, yo te conozco! ¡yo te amo!»
Mas no bien la razon su estrecho fuero
Cobraba sobre el fraile trastornado
Un momento por sueño tan hermoso,
Otra vez para el mundo grave, uraño,
A mostrarse tornaba el Padre Pedro:
Y aunque era su alma un oceano
En donde el fanatismo mas extremo
Iba tormentas sin cesar alzando,
Y el ilusorio amor hácia su madre
Era, en el mar aquel, muelle remanso
Al que cubria adoracion inmensa
Con su celaje puro y despejado,
Jamás el pueblo sospecharlo pudo;
Que no podia sentimiento humano
Colocarse en el hombre que en defensa
De Cristo y sus principios sacrosantos,
Cárceles ocupaba y calabozos
Con víctimas sin cuento, que su mano
Del hogar arrancaba, sin clemencia,
Para entregarlas al suplicio bárbaro.

V.

Del calabozo entre la sombra incierta
Hundido está el Doctor. Bajo su planta
Mortal, impura emanacion levanta
El pavimento húmedo, y la yerta
Atmósfera glacial que le circunda,
Al pesar sobre el cuerpo, donde impreso
La fiebre deja su candente beso,
Con sus helados hálitos lo inunda.
¡Frio en el aire y en el alma frio!
Porque frio mortal son los dolores
Cuando prestan fatídicos colores
Para vestirse al porvenir sombrío.
En él piensa el Doctor, y ya que fuera
De estudio y de honradez claro modelo,
¡Para fin de su vida en este suelo
Encontrará por término la hoguera!
El la vé; entre la sombra que se posa
Há ya dos dias en su noble frente
Mira la llama culebrear rugiente
Hácia él avanzando fulgorosa.
Vé al populacho estremecer con voces
De inhumana crueldad la plaza extensa,
Y á su lado contempla série inmensa
De esbirros sanguinarios y feroces.
Ya el sambenito con sus carnes roza,
Y siente que, á su lado congregada,
Lanza la multitud cruel carcajada
Al mirar al Doctor con la coroza.
Uno le llama hereje, el otro infame:
No vé una faz donde piedad se lea,
Y la hoguera á sus piés chisporrotea,
Y su primera llama sus piés lame!
Y contempla el afan bárbaro y ciego
De aquella multitud cruel y homicida:
Y otra hoguera á su lado vé encendida
Cuyo voráz, cuyo implacable fuego,
Como ansiando tornarlo ruin pavesa,
En candente espiral, en roja nube,
Sobre un esqueleto trepa, sube,
Y en sus desnudos huesos hace presa.
Y entónces por el hondo calabozo
Retumba del Doctor el ronco acento
«¡Sacrilego!» gritando, y... al momento,
Cuando aún duraba el eco del sollozo
Que acompañó á esta frase, leve huella
De luz bajo la puerta, brillo escaso
Mostró, y al punto con tranquilo paso
Entró Fray Pedro en la prision aquella.

VI.

La sorpresa en el pálido semblante
Dol Doctor retratóse; audáz mirada
Lanzó del fraile al rostro, y reposada
Así de éste la voz, dijo al instante:
—El esfuerzo mas rudo no ha podido
Quebrantar esta caja,. en cuyo fondo
Algo que es clave de un misterio hondo
Por vuestra mágia vil está escondido.
Os manda el Tribunal que sin demora
La abrais al punto: el cielo soberano
Quizás desde esa caja á nuestra mano
Haga saltar la prueba acusadora.—
Sarcástica y extraña carcajada
Vibró por la prision, y al extinguirse,
De Jacobo la frase pudo oirse
Por profunda ironía saturada:
—Si esa prueba buscais para inquirirla
¡Oh, cuán en vano vuestro afan trabaja!
No romperé el secreto de esa caja.
Os tengo compasion, no quiero abrirla.—
Por sarcasmo tan cruel, el fraile herido
Percibió qué á su faz su sangre ardiente
Se iba toda agolpando, cual torrente
Al soplo de la ira embravecido.
Lanzó al Doctor mirada tan siniestra
Como grande juzgaba aquél ultraje,
Y en su ademan, su rostro, y su lenguaje,
De este modo á Jacobo su ira muestra:
—No hay que poner la mente en gran aprieto
Para saber la causa por que vienes
A lanzarme á la faz tales desdenes,
Cuando besar debieras con respeto
Esta planta que ha visto bajo ella
Preclaras frentes en el polvo hundidas:
Quien su virtud y dignidad perdidas
De viles artes con la marca sella,
Y es ladron miserable de esqueletos
Y árida para el bien siente su alma,
¿Cómo ha de hallar la perfumada palma
Do florecen virtudes y respetos?
—¡Yo infame, yo ladron!—Jacobo dijo
Con poderoso acento—mas en vano
Por sincerarme para vos me afano
Y por insulto tan mordaz me aflijo.
Vosotros sois infames, sois los viles
Que en la sombra vivís del fanatismo
Cual viven en el fondo del abismo
Debajo de las piedras los reptiles!
Vosotros sois los que las almas llenas
Teneis de impuras miras, en las cuales
Al mover vuestras manos infernales
Vais fabricando, sin cesar, cadenas.
Vosotros que llamais réprobas artes
A la ciencia naciente, ¡ciencia augusta
Que al cuervo vil de la ignorancia asusta
Cuando mueve sus nobles estandartes!
Y yo soy quien tus iras desafío
Porque soy más que tú, porque si quiero
Puedo al Inquisidor sañudo y fiero
Hacer juguete del capricho mio.
¡Sábelo de una vez! Tú, cuya cuna
Yace desconocida: á quien ha dado
El amor su órfandad: tú que has llegado
El palacio á escalar de la fortuna;
Que saqueas mi casa y que de ella
Robándola esa caja has extraido...
¡Tiembla, que al fin á abrirla me decido
Satisfaciendo mi ódio y tu querella!
—Abrela:—dijo el fraile.—Tal secreto
Tu mano más en revelar no tarde:
Porque es injusto que impaciente aguarde
Tu grata compañía, el esqueleto
En el cual tu venganza simbolizas
Y por cuya virtud tan alto clamas,
Y que brinda debajo de las llamas
Un lecho con la suya á tus cenizas.
—¿Luego quemado fué?
—¡Quemado ha sido!
Formóse para él pira afrentosa
Y sepultura por demás honrosa
Debajo de las llamas ha tenido.—
Enmudeció el Doctor anonadado
De la frase del fraile bajo el peso,
Y luego, por dolor profundo, preso,
Respondió con acento entrecortado:
—¡No más, no más de tu castigo tarde
En vibrar la centella poderosa!
Esa caja abriré, tu vista ansiosa
Devorará lo que en su fondo guarde;
Así recordarás que infame huella
Dejó en tu brazo hierro justiciero
Y de tus padres el castigo fiero
Que á tí alcanzó, recordarás con ella.
No sabes que quemado fué tu padre
Que su ceniza al aire fué aventada,
Que por el Santo Oficio sentenciada

A las dos mismas penas fué tu madre:
De las llamas rugientes la fiereza
Consumió el cuerpo aquel donde marcado
Por prodigios sin cuento, hubo dejado
Su más hermoso sello la belleza.
Yo sus huesos salvé; por mí guardada
Fué tal reliquia; mas tu saña viva
Nunca ocasion me concedió furtiva
Para poderla dar tierra sagrada.
Esta la historia es, para más crueles
Suplicios tuyos, esa caja lleva
Bajo su fondo, fehaciente prueba
De cuanto dejo dicho: mas no anheles,
No muestres impaciencia ni despecho:
La caja abierta cuanto dije apoya.
¡Ahí verás la mitad de cierta joya
Cuya otra mitad llevas al pecho!
Y el que con los verdugos de su padre
Vive en paz como cómplice y hermano
¡Al fuego lleva por su propia mano
Los venerandos huesos de su madre!

VII.

Y esto diciendo el Doctor
Resorte oculto movia,
Y abierta quedó la caja
Del fraile ansioso á la vista.
Exploró su fondo y... grito
De horror, en donde latia
El espanto mas profundo,
La emocion mas infinita.
Fray Pedro lanzó, clamando:
—¡Cierto, cierto! ¡Madre mia!
¡Yo soy quien quema tus huesos,
Yo soy el vil parricida
Que ultrajando tu memoria
Niega tumba á tus cenizas!
¡No haya piedad para mí!
Y con la vista ya fija
En el Doctor que asombrado
Dolor tan inmenso mira,
Ya con la mirada inquieta
Girando por la sombría
Bóveda del calabozo,
El Inquisidor imita
Los rasgos de la locura.
Ora su voz ronca vibra
De la prision por el ámbito
Temblorosa, conmovida;
Ya sordo, largo gemido
Su pecho hiere y fatiga:
Y entre sollozo y sollozo,
Exclamando: ¡Madre mia!
Cuanto más llama á su madre
Más el dolor le castiga,
Hasta que al cabo, cual fiera
Que hallando franca salida
De su jaula, veloz huye,
Tomó escaleras arriba
Y loco, insensato, ébrio,
Bajo la angustia infinita,
Entre cuyos fuertes lazos
Su alma se retorcia,
El fraile, del edificio
Llega á la puerta, y no mira
Qué campos son los que cruza:
Sin norte alguno camina,
Veloz como una saeta:
Hiérenle piedras y espinas,
Los piés cubiertos de polvo:
Las ramas su faz hostigan,
Y aquí convulso se pára,
Aquí cae, allí vacila,
Hasta que al fin, el acaso
Le depara negra sima,
Y en ella ciego, aturdido,
Como piedra desprendida
Sobre oscuro precipicio,
Al caer rebota y gira
Contra otras piedras chocando
Así el fraile en su caida
Por el abismo desciende
Exclamando, miéntras viva
Guarda el fondo de su pecho
De la existencia una chispa:
—¡Yo soy quien quemó tus huesos,
Piedad, piedad, madre mia!

FEDERICO PARREÑO BALLESTEROS.

ALICANTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de Costa y Mira.